

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

Vobis etiam merito accepta referimus, qui tam strenue religionis, et iustitiae partes tuendas suscepistis.....

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO, ROMANO.

Demque, cuius causam agitis, rogamus ut vos in proposito continetis.—Pío IX al Director y redactores de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Madrid, 12 rs. al mes.—En Provincias 17 rs. al mes, y 50 por trimestre en casa de los comisionados, y 15 rs. al mes y 42 el trimestre en la administración.—En el Extranjero: 70 rs.—En Ultramar 90 rs. trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PRECIOS DE SUSCRICION.—Madrid: En la administración, calle de Pelayo, números 33 y 40, cuarto principal de la derecha.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.—Paris: Agencia franco-española de D. C. A. Saavedra, 55, rue Taitbout.—No se devuelve ningún manuscrito.

JUBILEO PONTIFICIO.

OFRENDAS A PÍO IX.

Suma anterior.	46.221
Un católico.	20
D. Pablo Aylagos, párroco de Serracinos.	20
D. Juan González, Madrid.	8
Unos católicos, apóstólicos, romanos, de la villa de Haro.	520
Dos estudiantes pobres, Madrid.	8
Una señora de Madrid.	20
D. Eduardo Espinosa, suscriptor del PENSAMIENTO ESPAÑOL.	40
El Teniente segundo de la Real Parroquia de la Encarnación, Madrid.	40
Seis católicos de Brihuega.	60
El Párroco de Santa María, del mismo pueblo.	20
Doña E. M., Madrid.	40
D. Benito Gómez, de Pinilla de Toro.	8
D. Gaspar Gómez, de id.	8
D. Antonio Cabezon, de id.	8
D. Benito Martín, de id.	8
D. Bartolomé Cabezon, de id.	8
D. Jacinto Gómez, de id.	8
D. Saturnino Gómez, de id.	8
D. Isidro Alzaga, de Inchausti, de Abadino.	40
D. Joaquín Lucumberrí y Sanjurjo, de San Sebastián.	20
Un suscriptor de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL y su familia.	30
Doña Bernarda Elizondo, católica, apóstólica, romana.	40
Doña Bernarda Murillo, sobrina de la anterior.	4
Doña Manuela López Huerta, Madrid.	20
D. Saturnio Arraz, Presbítero, Madrid.	20
D. Mariano de Andrés y López, Presbítero en Torrijos.	40
Un matrimonio católico, apóstólico, romano, hijos sumisos de Su Santidad.	400
El señor rector y superiores del Seminario conciliar de Huesca.	300
Un magistrado, su esposa e hijas.	20
D. Ignacio Lema y Sixto.	12
A. P.	4
C. P.	4
J. D. y G.	20
D. E. R. y P.	40
Tres católicas, apóstólicas, romanas, hijas del Pontífice Pío IX.	14
Un católico que ansia ver al Papa.	34
Una familia S. Z.	20
Otra E. F.	10
D. Manuel Yebes, Cura de San Lorenzo de Nogueira, suscriptor de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.	20
D. Cruz Camino, Loranca de Tajuna.	36
D. Domingo Ferreras, Arcipreste de Puente deume.	20
D. Juan García, de idem.	10
Un entusiasta del Papa, D. Tomás Prada, de idem.	8
Doña Petronila Bailestros, Bernedo.	20
Doña Pilar Aramayona.	20
El Párroco de Andan.	30
Una señora católica, apóstólica, romana, de idem.	4
Los sirvientes del Párroco.	4
Una niña de primera comunión.	4
D. Francisco Roca, Batea.	20
D. Cirilo Albeniz, Salvatierra.	2
Varios vecinos de Icazategui afectos a Su Santidad Pío IX.	50
Una familia amante de Pío IX, de Medina del Campo.	28
D. Francisco Usaino, Teruel.	20
El Económico y feligreses de Bustillo de Cea.	80
D. Miguel Rusidela, Belorado.	80
D. Juan Castillo, Presbítero, de id.	40
D. Santiago López, de id.	40
Doña Andrea López, de id.	2
Doña María Montero, sirvienta de id.	4
D. Lorenzo Temprano, Párroco de la de San Pedro Apóstol, Pozo antiguo.	12
D. Juan Riano y D. Esteban Val de Pradilla y Fresno.	22
D. Andrés Peré, Ute.	2
D. Francisco Nuñez, Económico de San Lorenzo, Ponferrada.	18
D. Florentín Díaz, Cura de Huermeces.	12
D. Julián Mendiguer, id. de Villavieja.	12
D. Ramon Busto, de Vallerananes.	12
D. Matías Caño, de id.	12
D. J. M. G. C.	20
D. Francisco Hidalgo Vazquez, Villanueva de Tapia.	5
Un católico de la Estrada.	40
Venerables hijos de Petri et amicos S. Ecclesiae humilissimi. Per virtutem. D. N. J. C.	20
Por conducto del Cura de Alcañete.	460
El ayuntamiento de Ocenilla en nombre de todos los vecinos.	20
Recogido en el cepillo de la parroquia del mismo pueblo.	3
El Párroco del mismo.	5
D. Isidro Martínez Almarail.	16
D. José Pablos y Palacios, Petarres.	20
D. Pedro García Moral, Económico de Mambillo de Lara, provincia y diócesis de Burgos.	8
D. Gerónimo Escurela, Villacastín.	10
D. Eusebio Rivilla, de id.	10
D. Venancio García Muñoz, de id.	16
D. Venancio Garcimartín de Islero.	16
D. Alejandro Morales, Párroco de Bustares, diócesis de Sigüenza.	20
[TOTAL]	48.960

CÓRTEES.

CONGRESO.

Extracto de la sesión celebrada el día 1.º de Junio de 1871.

PRESIDENCIA DEL SR. OLÁZAGA.

Después de aprobarse sin discusión el acta del distrito de Plasencia, continúa su intermedio discurso el Sr. Candau. La segunda parte de la oración de este señor corre parejas con la primera. El señor Candau sigue en su propósito de poner en lenguaje vulgar y al alcance de los entendimientos más pro-

gresistas el literario voto particular del Sr. Nocedal. Los últimos párrafos, aquel sobre todo en que se aconseja un esfuerzo de abnegación, saca de sus casillas al Sr. Candau y exclama:

«Os habéis propuesto molestar todos los días a la mayoría con indicaciones como esta; os habéis propuesto tenernos en jaque; no nos amedrentáis, pero esta situación es depresiva para nosotros; es menester salir de ella: salir al campo de una vez.»

El señor conde de ORGAZ: Señores diputados: solamente es la ocasión en que casi por primera vez debo dirigirme al Congreso.

Una revolución radical llevada a cabo en nuestro país, un trono secular derribado, un nuevo trono, la primera vez que el príncipe a quien habéis colocado en él dirige la voz al país, un voto particular presentado por un individuo de una de las oposiciones más radicales, y cuyo espíritu se halla en el siguiente dilema: «O un esfuerzo de abnegación, o Dios salve a España.» Esta es la situación interior: observad un poco la exterior. El Sumo Pontífice, despojado de sus Estados, cautivo en su reino; una guerra de gigantes, llevada a cabo por dos pueblos grandes, que ha abierto abismos entre esos dos pueblos; guerra enlazada con nuestra presente situación, y todo iluminado por la bárbara hoguera encendida en París, santificada solo con la sangre de venerables Sacerdotes. Procuraré inspirarme en el deseo de prestar un servicio a mi patria, si me pueda ser responsable mi partido de la torpe inexactitud de mi lengua.

El Sr. Candau ataca el voto del Sr. Nocedal por abusivo, por irrespetuoso y por sarcástico, y dice que está hecho con intención de mortificar al príncipe que ocupa el trono y a la mayoría, y esto no es exacto. Examine S. S. el origen del voto, y verá que el Sr. Nocedal ha tenido necesidad de tener mayoría en una sesión para ser elegido individuo de la comisión y poder formular su voto particular; y esto ha sucedido porque hay aquí 120 diputados de oposición radical y antidinástica traida, porque en el país la oposición antidinástica es importante. ¿Quería el Sr. Candau que el Sr. Nocedal escribiese el dictamen de la mayoría de la comisión? Eso no podía ser: tenía que dar su voto, y le ha dado, sin por esto sea irrespetuoso, ni menos sarcástico.

Este voto puede decirse que se halla resumido en su último párrafo que expresa como debe la opinión del Sr. Nocedal, pero que es digno y respetuoso. (Leyó.) Esto desgraciadamente es cierto. Nosotros vemos el mal estado de nuestra patria y de Europa, sin que esto suponga, como ha dicho el señor Candau, que nosotros queremos provocar crisis. Las crisis existen; los acontecimientos vendrán, y con nuestra patria padeceremos los resultados de estas crisis y de estos acontecimientos. (Leyó.) ¿Qué hay aquí de indigno y de irrespetuoso? Por un lado se propone un esfuerzo de abnegación, y por otro se dice que España se verá libre de mayores conflictos. Como los reyes pertenecen a antiguas dinastías, se hallan acostumbrados a esfuerzos de abnegación, han vivido la vida de los pueblos; por eso no es una novedad que se les diga: así desea el país.

Otro argumento que hizo ayer el Sr. Candau contra el voto, fue la inconsecuencia de esta minoría. Yo pensaba cuando esto oí, si estaría equivocado y si reinaría todavía en España doña Isabel II. Pero reinando D. Amadeo de Saboya, no veo la inconsecuencia de esta minoría. Por otro lado, yo recordaba que Isabel II ha abdicado sus derechos en favor de su hijo; y por último, en la minoría carlista hay personas que hacen ya años se han puesto al lado de la causa del orden y de la religión; personas cuyos padres han pertenecido a la causa carlista, y que ellos mismos, jóvenes aún, han sido bastante dichosos para ser perseguidos y encarcelados por defender esta causa. No sé, pues, cómo puede acusarse a esta minoría de inconsecuencia.

También habló el Sr. Candau de los orígenes de los pueblos y de la formación de las sociedades; cuestión que a mí me parece poco práctica. Yo creo que se formarían como todas las cosas grandes, de una manera sencilla: quizá vuelva a ocuparme de esto en el curso de mi peroración, y si no, darán solución a estos problemas otros oradores más competentes que yo.

Esta sociedad descansaba hasta el año 68 sobre las bases de la unidad religiosa y de la estabilidad de la monarquía, que han desaparecido. En la nación vecina, a la monarquía de Carlos X sucedió la de Luis Felipe, a éste el régimen republicano, a éste el imperio, y después la república otra vez; y Dios sabe cuántas cosas se sucederán allí, si Dios no les cura del vértigo moderno; este vértigo moderno consiste en la honda y tenaz desconfianza hacia toda autoridad. Nuestros padres llamaban a los reyes padres de la patria; sus hijos se volvieron suspicaces y los llaman jefes del Estado. Hubo una virtud que se llama obediencia: ella sola valía más y hacía más milagros que todos los derechos individuales juntos. Bien nos lo ha enseñado Francia. La estabilidad de la monarquía hereditaria desaparece, una vez derribado el trono: hoy no existe el trono de San Fernando, hoy existe un trono democrático: los tronos, para ser fuertes, necesitan apartar el peligro de la interinidad y el germen revolucionario; y por lo tanto, el trono vuestro, es el trono más interino de todos los tronos.

El señor PRESIDENTE: S. S. no puede decir eso sin incurrir en la reprobación del Congreso. No puedo permitir que diga eso S. S., y le llamo por primera vez al orden.

No hay más trono que el trono de los españoles. Si S. S. no respeta profundamente la obra de las Cortes Constituyentes, no puede hablar en este sitio.

El señor conde de ORGAZ: Decía que si los tronos nuevamente levantados se encuentran amenazados de peligros y necesitan hacer portentos para consolidarse, esto todavía es más verdad respecto del trono establecido en España, que es el más interino de todos los tronos posibles aquí, como democrático y como extranjero.

Pero se dirá: todo esto estaba bien en las antiguas monarquías; ahora la ciencia ha encontrado nuevas fórmulas, y con el derecho moderno, con el sufragio universal, y lo que por medio de ese sufragio había, que es la soberanía nacional, con todo eso basta para dar vida y vigor a las monarquías democráticas.

Señores, la monarquía de Julio de 1830 y la república de 1848 fueron hijas de la soberanía popular. A Napoleón III rindió también homenaje el sufragio universal, y sin embargo, ni aquella monarquía, ni esta república, ni este imperio, dan testimonio de la duración de las obras del sufragio universal. Citareis tal vez el ejemplo de la monarquía italiana; allí se combinaron, como bien sabéis, dos elementos: el sufragio universal y la ocupación militar; se consultó también al sufragio universal, pero ¿qué es esta obra estable? Esperad un poco, que aun no se ha pronunciado la última palabra acerca de la monarquía italiana. No pueden ser duraderas las obras del sufragio universal, o lo que se llama el derecho moderno, porque según este el derecho, la justicia y la

autoridad emanan de la suma de voluntades; y como que estas voluntades, sobre todo si carecen de los principios eternos de la justicia, son mudables y variables, claro es que las sociedades que se funden en el derecho moderno tienen que ser también variables y mudables; por eso en los pueblos modernos la autoridad no tiene condición ninguna de estabilidad.

En una palabra: según el derecho moderno, la autoridad es hija de los hombres, y según el derecho antiguo, la autoridad es creación de Dios. La autoridad hija de los hombres! Si así fuera, hace mucho tiempo que hubiese desaparecido de la faz de la tierra; entonces el hombre igual al hombre sería bastante poderoso para destruir la autoridad; si uno hizo una soberanía, otro pudo destruirla; y sin embargo, la autoridad no ha sido destruida, jamás; inmortal, vive en todos los tiempos, y necesaria, vive en todas las regiones.

Pero se ha dicho: la autoridad es obra de los hombres; y ella ha dicho: mi poder lo he recibido de los hombres; y por eso se la ve incierta y vacilante, sujeta a vértigos y tiránica a veces; y al decir esto me acuerdo de los mártires de Monte-Alegre, de los 600 vascongados que hay encerrados en nuestros presidios, y de cierta partida miserable: vacilante, se la ve exigiendo juramentos que el honor niega, y ofreciendo sus dotaciones a los sacerdotes que jura; bien se conoce que no es la hija del cielo.

Esto no puede continuar así; la tempestad está sobre nosotros, el suelo tiembla debajo de nosotros, y la España se ve deshecha, rota y fraccionada. Las generaciones que nos han precedido hicieron a España grande, gloriosa y señora de dos mundos; pero vosotros habéis hecho la obra de los siglos, la obra del sufragio universal de los siglos; vosotros que os proclamáis adoradores de la razón, habéis deshecho lo que la razón de los siglos hizo aquí sabiamente; vosotros que decís que amais la patria, habéis deshecho la patria.

Si esto continúa así, la *Commune* vendrá a reinar también en España; esa *Commune* contra la cual habéis protestado, y que sin embargo habéis reconocido si hubiera triunfado. (Ah, señores! no en vano se dice: un esfuerzo de abnegación, o Dios salve a España; porque se dice con los ojos puestos en la *Commune* y con el temor de que se levante dentro de algunos años en este país.)

Este pueblo que ha hecho lo que ningún otro sobre la faz de la tierra; que durante ocho siglos ha luchado en pos de la idea católica y de la integridad del territorio; que a principios de este siglo se levantó contra aquel poderoso genio, representante de las ideas modernas, y que después peleó en una larga guerra civil de siete años; este pueblo tan lleno de la conciencia de su dignidad, tan amante de su independencia y tan heroico cuando de principios se trata, no ha sido juzgado por vosotros apto para el ejercicio del derecho plebiscitario. Otro pueblo que para defender su independencia necesitó del poderoso concurso del extranjero, a ese si se le juzgó apto para el ejercicio del derecho plebiscitario. Está bien.

Pero es el caso que habéis apelado ahora a unas elecciones generales, y estas os han dado 120 diputados de oposición antidinástica. Cuando los hechos hablan de este modo, es inútil que nosotros lo hagamos; y los hechos, la España, y no nosotros, están diciendo: o un esfuerzo de abnegación, o Dios salve al país.

He concluido. Yo sé bien que este voto particular será desechado; así lo exigen las leyes de las mayorías y de las minorías; este lugar, pináculo de la libertad, es un lugar no libre; pero os ruego que cuando vayais al seno de vuestras familias, os acordéis de él y le mediteis. ¿Sabéis por qué yo maldigo el liberalismo? Porque nos ha dividido. Vosotros os horrorizáis ante esa horrible hoguera de París, y tenéis mucha razón, pero hay otra hoguera más terrible, que está encendida en Europa desde 1793, y en la cual arden los deberes y los sentimientos nacionales, para confundirse en un sentimiento de odio y de común aborrecimiento. Por eso principalmente nosotros maldicimos el liberalismo.

Observad lo que ha sucedido aquí: el año 1808 éramos uno e indivisible, é hicimos una gran cosa; pero hoy estamos profundamente divididos y no hacemos nada que valga. ¿Cómo he de amar el liberalismo, si con él no hay siquiera integridad del territorio? Observad cómo en la primera república francesa aquella nación luchó contra toda la Europa entera, porque las masas de que disponían aquellos republicanos habían sido formadas y educadas por la monarquía. Entonces las ideas modernas sólo se hallaban en las clases sabias, medias y altas. Pero la generación actual, educada bajo el liberalismo, no ha sabido defender la integridad del territorio. Tiempo es ya, señores, de que abramos los ojos y volvamos la vista a los tiempos antiguos que nos dejaron una grande herencia que tantos bienes encierra y que Dios bendice.

Rectifica brevemente el Sr. Candau, y toma la palabra para consumir el segundo turno el Sr. Moreno Nieto.

A los pocos periodos de su discurso se echa de ver que el Sr. Moreno Nieto es el mismo de siempre.

En medio de un torrente de palabras que en vano se afanan por reproducir los taquígrafos, salen a su tiempo elogios para el derecho nuevo, y explicaciones de la soberanía nacional, que difícilmente se armonizan con la doctrina democrática.

El Sr. Moreno Nieto niega la influencia del protestantismo en el derecho moderno y lo disculpa con la intolerancia de la Iglesia. La confesión no es de desesperación.

Ha examinado lo que significa el partido carlista, como partido, y a modo de progresista, dice que la monarquía típica de los carlistas es la de Carlos II y Fernando VII. Sin duda no ha habido más reyes en España.

Habla de cárceles y presidios y patibulos y otros excesos, como consecuencia natural del triunfo, si fuera posible, del partido carlista.

El Sr. ESTRADA VILLAVEDE: Los distinguidos oradores que han hecho uso de la palabra contra el voto particular, han empezado por poner en duda su razón de ser; yo tengo, pues, que explicarla. Cuando hace dos años el país fué llamado a unas Cortes Constituyentes, la comunión católico-monárquica, sorprendida por una revolución radical, por medio de esfuerzos aislados y sin dirección ninguna, solo consiguió traer aquí un corto número de representantes, fuera de los que pertenecían a las leales Provincias Vascongadas: ese núcleo de representantes sostuvo aquí una campaña que no necesitó encomiar. Hoy no sucede así; la España católica y monárquica ha conquistado su puesto, y enarbolando el estandarte de la legitimidad histórica, y salvando amagos y violencias electorales, ha traído aquí una oposición formidable. Diseminada esta en las diversas secciones, ha conseguido, gracias a la suerte y al apoyo leal de otras oposiciones, exponer su opinión en la cuestión del mensaje a la Corona por medio de un voto particular.

Y al llegar aquí no pudo menos de recoger las palabras con que el Sr. Moreno Nieto ha empezado su discurso: es preciso resignarse ó rebelarse. Pues dentro de esta disyuntiva estamos, porque nosotros usamos en nuestra oposición de los medios legales. ¿Quiere S. S. que las minorías solo signifiquen aquí un modo de ver distinto del de la mayoría? Entonces nuestra misión ya estaba concluida. Pero prueba de que no es así, es que se ha tratado de acallar nuestra voz por medio de una reforma que no solo es contraria al Reglamento, sino que...

El señor PRESIDENTE: No se puede hablar de los acuerdos tomados ya por las Cortes.

El Sr. ESTRADA VILLAVEDE: La Cámara, señores, se había alarmado con el presente debate, y esta alarma era infundada; hoy ha oído con benevolencia la atención al señor conde de Orgaz, y ha visto que solo ha empleado las armas de la razón y de la cortesía. Yo, humilde soldado, voy a continuar esta tarea, seguro de encontrar también en vosotros igual benevolencia.

La idea que domina en el voto es el sentimiento de la patria, el amor santo del suelo que nos vio nacer, donde esperamos que se abra nuestra tumba, donde viven los seres que nos son queridos: esta idea es tan grande, Sr. Moreno Nieto, que no se necesitan grandes esfuerzos para demostrar que es muy comprometida la situación de los apologistas de la necesidad suprema de salir de los apuros de un momento, que tantas veces obliga a entregar la suerte de la patria a un cualquiera, aunque sea materia a propósito para constituir una dinastía por ser principio de sangre real.

No extrañéis que suene tan bien este nombre de patria en un hijo de la noble provincia de Asturias, que en los tiempos antiguos con los cantábricos, en los tiempos medios con los godos, y a principios del siglo actual con los guerrilleros de la independencia, ha sido siempre el primer baluarte de la nacionalidad española.

Yo no puedo menos de estar conforme con un voto en que tanto se enaltee ese sentimiento, en que se recuerden los grandes nombres que llenan nuestra historia; con un voto en que se consiga que no bastan para avasallar el altivo carácter de este pueblo, ni las obligaciones del miedo, ni las votaciones de unas mal llamadas Cortes.

Pero además del sentimiento patriótico, el voto particular está inspirado por el sentimiento religioso: todas las naciones tienen su misión en la historia: España tiene la de demostrar su identidad con el catolicismo, al cual debe su independencia en los tiempos antiguos, su inmenso poderío en los tiempos medios y su independencia actual. Lo mismo las leyes que todas las instituciones, tienen en ella el sello de la unidad católica.

No traéis yo aquí un memorial de los agravios de la Iglesia: esta tarea queda reservada a otras voces más autorizadas que la mía.

Voy a mi objeto, y necesito recordar algunos antecedentes. El catolicismo, además de doctrina, es sociedad perdurable e indefectible, que descansa sobre un anciano Sacerdote que cede a su frente la triple corona de santo, de Papa y de rey. Al mismo tiempo, este es el cimiento del catolicismo como doctrina y como sociedad. Sus enemigos creen haberle despojado hoy del más débil de sus derechos, de la soberanía temporal, y si aun de esta podrán privarle por mucho tiempo. Yo he sido testigo de aquella gran iniquidad; yo me hallaba en Roma para asistir a una de las más grandes solemnidades de la Iglesia y admirar la elocuencia de nuestros Obispos que habían acudido al Concilio, y en lugar de esto me encontré con días de sedición y de guerra. La Italia creyó llegado el momento de reverdecer sus laureles, bastante marchitados en Novara y en Custozza, y emprendió la conquista de las campiñas del Lacio y de los abertos puercillos de Roma.

Yo vi allí al pueblo creyente asistir a rogativas para que Dios les librara de los que se llamaban sus libertadores; yo presencié la lucha inútil de aquel generoso ejército; yo vi las bombas caer sobre los montes y las iglesias, y vi a los nuevos ostrogodos profanando el santo suelo de la Ciudad Eterna; yo vi salir a los príncipes de la Iglesia y entrar a los demagogos italianos al frente de los *bersaglieri*, vomitando blasfemias, acompañados de las mujeres lanzadas arrojadas de París; yo vi ocultar los retratos del Papa y aparecer en anable consorcio los de Garibaldi y Víctor Manuel; yo vi desaparecer los periódicos de la ciencia y de la fe, y aparecer las hojas y los papeles de la herejía; yo vi el llamado Senado romano sustituyéndose al Gobierno pontifical; yo vi desaparecer la moneda romana y aparecer el papel mojado de la Banca italiana. Al ver aquel triunfo de la fuerza y de la perfidia sobre el derecho, yo encuentro explicadas las catástrofes de París que hoy deploramos todos. Yo vi después el plebiscito con que la casa de Saboya trata de cohesionar su causa en Italia (porque fuera de allí ya es otra cosa).

Yo visité al Santo Padre, la más grande figura de los tiempos modernos, y al recordar aquellas escenas, juro por mi fe de cristiano y aseguro bajo mi palabra de hombre honrado, que siendo español no se puede transigir ni con nada ni con nadie que tenga afinidades con los autores de aquel atropello.

Vuelvo a la discusión del voto, y voy a demostrar que no solo está conforme con nuestros sentimientos religiosos, sino con nuestras aspiraciones políticas. Nosotros tenemos una palabra para explicar todos los males de la patria, palabra que hoy está bajo el peso de un anatema. Esta palabra nos explica el estado actual de nuestras posesiones de Ultramar y la penuria de nuestra Hacienda. ¿Quiera Dios que la salvación de los principios en Cuba no sea la pérdida de las colonias! ¿Quiera Dios que la llega de la Hacienda no se convierta en cáncer! Por lo pronto, la curación no puede venir de las manos que han producido el mal.

Creando un gran comunismo en el Tesoro y repartiéndolo la fortuna pública entre los pañiguados de las situaciones, no se curan los males de la Hacienda. Este mal es hijo del sistema, es hijo de las Asambleas deliberantes, vasto campo de todas las ambiciones que viven del escándalo y del sistema de las autorizaciones; este mal es hijo, además, de la prensa que produce ese vértigo, de la opinión en que todas las convicciones mueren; este mal viene de los ejércitos permanentes, que no nos salvan si quiera del peligro de amanecer algún día entre el estruendo de las barricadas, y que tantas veces vienen como Breno a echar el peso de su espada en la balanza de nuestras discordias.

Por eso nosotros no vemos en vosotros más que unos Sangrados de la política, que todo lo quieren curar con las sangrías del impuesto y con el agua caliente del liberalismo.

La España de hoy lleva, como el pueblo de Israel, cuarenta años caminando por el desierto del liberalismo. Tiempo es ya de que llegue a la tierra de promisión; pero para ese viaje no ha de guiarse un caudillo político de la casa de Saboya. Lo que España necesita es la aplicación de una verdadera ciencia de Gobierno, y vuestra dinastía lo más que logrará será representar el tira y alloja de los ministros responsables a quienes no se exige la responsabilidad nunca.

El señor VICEPRESIDENTE (Herrera): Yo daré a V. S. toda latitud dentro de los términos del reglamento; pero está V. S. obligado a respetar todas las instituciones del país.

El Sr. ESTRADA VILLAVEDE: Estaba haciendo una apreciación política acerca de la significación de una dinastía: no me ocupaba de las personas que se consideran inviolables.

España necesita unidad de miras y de acción en el poder, y esta dinastía no puede traer más que el fraccionamiento de las rivalidades y de las desconfianzas: España necesita una providencia temporal que atienda a sus necesidades, y lo que se le da es un rey que reina y no gobierna, sin mas autoridad, sin mas defensa que que los ministros responsables.

Pensad, señores, que en estos tiempos no registra la historia ningún D. Alvaro de Luna ni D. Rodrigo Calderón, y en cambio los reyes destronados van formando una galería bastante extensa, que empieza en Luis Felipe y sigue con Othon de Grecia, Francisco de Nápoles, Isabel II y Napoleón III, formando una sangrienta figura de ese cuadro el desgraciado Maximiliano.

Y ya que me permito el ataque, no creo natural desentenderme de la defensa. No dedicaré muchas palabras al Sr. Moreno Nieto, cuyo pensamiento he comprendido difícilmente: me limitaré únicamente a recomendarle que se ponga de acuerdo con el señor Candau. Si no radica el derecho en la suma de voluntades, como decía el Sr. Candau, ¿qué significaba el sufragio universal, que para el Sr. Moreno Nieto es la fuente de todo poder? ¿De qué manera hemos de apreciar esta opinión emanada del sufragio universal? ¿Cómo no se contentó el Sr. Moreno Nieto con ciertas manifestaciones que pedían a don Nicolás María Rivero como emperador, ó a D. Baldomero Espartero como rey, y aplaudió que se fuera a buscar el *quid divinum* de una dinastía que era real, aunque fuese extranjera?

El señor VICEPRESIDENTE (Herrera): No percibo bien todo lo que el señor diputado dice, pero veo que está tratando de discutir altos poderes del Estado que no se pueden discutir aquí en ningún sentido.

El Sr. ESTRADA VILLAVEDE: Solo no oyéndome V. E. me explico su interrupción: estaba haciendo apreciaciones sobre la práctica de la soberanía nacional, en que nada ofensivo había para nadie.

La verdad es, señores, que aquí se desconoce el derecho antiguo y el derecho nuevo: lo que aquí se está haciendo es un consorcio híbrido de ideas y de instituciones de que salen igualmente mistificadas la antigua monarquía y la moderna democracia.

Dos años de progresismo en 1864 trajeron la aspiración democrática; dos meses de democracia en 1868 trajeron la aspiración republicana; dos semanas de república, ¿qué aspiración traerán? ¿Qué habéis establecido en el terreno práctico para contener el embate de las revoluciones, que ya no cambian Gobiernos, sino que derriban dinastías? ¿Habéis traído una institución por 191 votos que ha sido la expresión de la voluntad parlamentaria, no de la voluntad nacional; y si las instituciones han de nacer de la voluntad parlamentaria, la obra de los 191 puede ser destruida por 192.

Algo más sólida parecía la obra del liberalismo a la muerte de Fernando VII, y la monarquía de Isabel II, cuyos anales pueden contarse por Constituciones escritas o en proyecto, ha desaparecido en una hora de desventura. Si esto sucedió con una dinastía que al fin era española, ¿qué sucederá con una dinastía nueva, por más que se haya implantado aquí con todos los cuidados, con todas las precauciones que exige una planta exótica?

El señor VICEPRESIDENTE (Herrera): Pero por la voluntad nacional, por unas Cortes constituyentes legítimas.

El Sr. ESTRADA VILLAVEDE: Nada he dicho contra esa institución, que debe contar como una de las mejores armas para su defensa la campanilla del señor presidente.

El señor VICEPRESIDENTE (Herrera): Lo que defiende el presidente es el reglamento: ruego a usted que no me ponga en el caso de llamarlo sería y oficialmente al orden.

El Sr. ESTRADA VILLAVEDE: En mi concepto, señores, los antecedentes históricos de la dinastía de Saboya la llevan a pasar por España como la de Bonaparte, *sicut avis, velut umbra*.

No voy a seguir al Sr. Moreno Nieto en la apreciación de nuestros antecedentes como partido político. Me place que S. S. haya encontrado el origen de la revolución en Luter: de la apostasía de un fraile se ha llegado en religión hasta la negación de Dios: de las insurrecciones de los paisanos alemanes se ha llegado en política hasta los acontecimientos de París. Pero dejadme esto aparte, voy a hacermos cargo de una apreciación histórica del Sr. Moreno Nieto.

No niega S. S. que nuestra legitimidad venga de las Cortes de 1812 y 13, de la ley de sucesión, la más solemne expresión de la legalidad española, a cuyo lado ningún valor legal tiene la ley de las Cortes de 1789, que no solo no tuvo la sanción real, sino que tuvo una promulgación contraria en la Novísima que insertó la de 1712.

Pero viniendo al siglo actual, si para el Sr. Moreno Nieto el ratamiento del partido progresista de estos últimos años significa el destronamiento de la reina, ¿qué significación tiene para S. S. una guerra civil en que un partido salió a defender a su rey, sostuvo una lucha heroica de siete años y se retiró de ella vencido, pero no vencido?

Decís que desde entonces el partido carlista ha muerto: si fuese así, tendríamos que confesar que su espectro, como el de Bonaparte, se había aparecido muchas veces entre vosotros. No, no ha muerto: después de aquella guerra sobre la pluma de Balmes defender la solución carlista de los matrimonios reales: el Gobierno de aquel tiempo creyó mejor unir la dinastía al carro de Luis Felipe; pero el partido carlista salió otra vez a la lucha, y otra vez el dolo y las crueldades paralizaron su esfuerzo.

Ocurrió después la sublevación de San Carlos de la Rápita, que no es ninguna traición como se ha dicho aquí; que no es el primer ejemplo de un partido que se levanta en armas cuando la patria está en guerra; que tiene su ejemplo sin salir de nuestro país, en 1812, y que después de todo no ha traído tan funestos resultados como la insurrección de 1820. Tuvo lugar después la muerte de todos los principios proscritos, salvándose únicamente el que había plegado la

envidiar al partido liberal en hombres civiles, como nada tuvo que envidiarle en generales durante la guerra; no caerá con él la libertad, que nosotros amamos también, no como la bacante desenfrenada que agita por los campos su desordenada cabellera, sino como la severa matrona de la cual nacen la legalidad y la justicia.

Si no fuese así, Dios salve a la patria; nosotros nos retiráramos a llorar sus males si nuestras voces son desoídas como las de la Casandra de Troya. He dicho.

El Sr. Moreno Nieto, con gran vehemencia, contesta al Sr. Estrada, diciéndole que no se ha levantado a las alturas de la ciencia, aunque ha hecho justicia al talento del orador carlista. Dice unas cuantas frases que nadie entiende, ni el mismo señor Moreno Nieto que las pronuncia.

El Sr. ESTRADA VILLAVEDE: Diré pocas palabras, porque no me permitirán mas ni el reglamento ni mis fuerzas, y no me hubiera levantado si no tuviera precisión de decir algo al Sr. Moreno Nieto.

S. S. me ha retado a discutir su teoría de la soberanía nacional: no puedo hacerlo, porque ni esta es ocasión ni el sitio es oportuno, ni yo he podido seguir bien el discurso de S. S.

En cuanto a lo de rebelarse ó resignarse, parece que S. S. indica que ya ha concluido el período de hacer lo primero. ¿Y qué? ¿quiere S. S. que tengamos que aceptar forzosamente lo segundo? ¿Pues no se dice a cada paso que la opinión y la palabra son libres? ¿A qué hemos de venir aquí, sino a defender nuestra idea?

En cuanto al tercer punto, como el Sr. Moreno Nieto no ha podido hablar de él, no he de hacerlo yo tampoco.

El Sr. ROMERO ROBLEDÓ consumió el tercer turno en contra, condenando el espíritu que alentaba ese voto, espíritu que se encaminaba a azitar el fuego de las discordias y aumentar los males que en el país existían.

Los deberes patrióticos de los hombres políticos eran a su juicio los de contribuir a mejorar los intereses de la patria y no a ayudar a que los males crecieran y los dolores arrecien.

En cuanto a la cuestión constituyente lo que el país quería era: una vez constituida la nación, se asegurase el orden y en él las instituciones basadas en la libertad. Esto quería el pueblo español, es decir la revolución, la cual rechazaba con terror todo lo que se encaminase a turbar el concierto legal establecido.

Para él la legitimidad descansaba en la voluntad de los pueblos cuya soberanía la proclamaba.

En lo relativo a los poderes permanentes, el orador expuso sus ideas especiales, declarando que después de creídos por el voto de la nación no era posible destruirlos sino por la fuerza.

Y se levantó la sesión.

Eran las siete y cinco minutos.

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID, 2 DE JUNIO DE 1871.

DISCURSOS NOTABLES.

La sesión celebrada ayer en el Congreso fué una de las más importantes para el partido carlista. Dos diputados de nuestra comunión, uno el señor conde de Orgaz que tomaba parte por primera vez en un debate tan solemne, y otro el Sr. Estrada Villaverde que tiene ya ganada justa reputación de orador, se encargaron de defender el voto particular del Sr. Nocedal, combatido por dos diputados de la mayoría.

El señor conde de Orgaz, presidente de la junta directiva de las minorías carlistas de ambas Cámaras, inició la serie de notables discursos que con motivo de la discusión del mensaje esperamos oír de nuestros amigos. La figura del ilustre prócer, su semblante dulce y su aire de modestia previenen desde luego a su favor. Los que le tratan, aunque sea sin intimidad, descubren sin tardanza los nobilísimos sentimientos de esa alma generosa y apasionada por una causa en cuyo triunfo cree firmísimamente que estriba la salvación de la patria, causa a la que profesa un amor heredado que no han podido entibiar ni el recuerdo de los infortunios de su ilustre familia, ni el menoscabo de sus bienes, ni los padecimientos de repetidas emigraciones y de persecuciones incesantes.

En su hermoso discurso de ayer se reflejaba tal cual es el carácter personal del señor conde de Orgaz. Bondadoso y tolerante con sus adversarios, incapaz de odiar sino el mal, inequívocamente en la profesión y defensa de la verdad.

Sea cualquiera la apreciación que hicieran ayer los señores diputados de las doctrinas sustentadas por nuestro ilustre y joven amigo, todos, estamos seguros de ello, harían justicia a sus sentimientos y a su sinceridad.

El conde de Orgaz hablaba al entendimiento, pero más aun al corazón de sus oyentes. Empezó por pintar con los más vivos colores y con toda la expresión de la amargura de que está poseída su alma, el cuadro tristísimo de los males que afligen a España y a Europa, dando en ese cuadro el lugar que debía a la angustiosa situación del Padre común de los fieles. Y de aquí tomó pie para entrar en el análisis del voto particular del Sr. Nocedal, en cuyos elocuentes períodos encontraba la expresión de los sentimientos del pueblo español que busca en la restauración del derecho, tal como lo enseña la doctrina católica y lo han consagrado nuestras tradiciones, el áncora de salvación para esta sociedad próxima a perecer en el oleaje de las doctrinas revolucionarias.

Y glosando razonadamente diferentes párrafos del voto particular, y contestando al discurso del Sr. Candau, el señor conde de Orgaz expuso brillantemente los principios fundamentales que sustentan como lemas la gloriosa bandera de la monarquía tradicional.

«Un esfuerzo de abnegación ó Dios salve a España», dice el Sr. Nocedal. «Un esfuerzo de abnegación ó Dios salve a España», repitió el señor conde de Orgaz con un acento de convicción que cautivaba.

El señor conde de Orgaz tenía forzosamente que hablar de cosas que no se pueden nombrar sin que, a pesar de la Constitución, se alteren los nervios de la mayoría, y lo hizo con entereza y dignidad; pero con la cortesía propia del lugar en que hablaba y del asunto y de la persona a que se refería. Con todo, el liberalismo Sr. Olózaga, dió una

prueba más de su injustificada intolerancia llamando una vez al orden a nuestro amigo.

El segundo turno en pró del voto particular del Sr. Nocedal lo consumió el Sr. Estrada Villaverde, ex-catedrático injuramentado de derecho canónico de la Universidad de Oviedo, conocido ya de nuestros lectores como orador parlamentario. Su discurso de ayer es un modelo acabado de la oratoria serena y tranquila del hombre de ciencia. Con el dominio propio de un talento privilegiado consagrado al estudio, el Sr. Estrada puso de manifiesto lo absurdo del principio de la soberanía nacional, ya se considere esta como la suma de voluntades, según decía el Sr. Candau, ya me recza otra consideración, según decía el Sr. Moreno Nieto en frases un tanto laberínticas. Teniendo que contestar al Sr. Moreno Nieto, el discurso del Sr. Estrada tenía que ser en gran parte improvisado, y sin embargo, el razonamiento fué tan vigoroso y tan oportuno, como si nuestro amigo se hubiera preparado especialmente para refutar los argumentos de su adversario, y la forma fué tan elegante, la dición tan correcta como en todos sus discursos, que a la vez que importantes oraciones políticas son notables documentos literarios.

Los diputados de todas las fracciones, sin excepción alguna, oyeron con profundo silencio a nuestro amigo admirando la seguridad de sus opiniones, la elevación de sus conceptos, la belleza de la frase, la brillantez de las descripciones y la pureza de la dición. Y al mismo tiempo todos admiraban la modestia del orador carlista y la convicción que se reflejaba en sus palabras.

El Sr. Estrada, sin herir a nadie, esponía con una facilidad pasmosa sus opiniones sobre los puntos culminantes de la política, y decía todo lo que se proponía decir sin alarmar a nadie. Así pudo hablar de la dinastía de Saboya, de su proceder con el Sumo Pontífice, de la soberanía nacional y de la solución aceptada por nuestros revolucionarios, de la representación del partido carlista y su historia, y del derecho de España en orden a la sucesión en el trono.

Recordando los elogios que cuantos le oyeron hacían del discurso de nuestro amigo, no hemos extrañado que los periódicos de todos matices, sobreponiéndose a la pasión de partido, le hagan hoy justicia. El *Imparcial* se duele de no haber oído bien al Sr. Estrada, a causa de la debilidad de su voz, y juzgando su discurso por el extracto de la *Gaceta*, que es un pálido bosquejo, reconoce en el ex-catedrático de Oviedo condiciones de eminente orador. Otros muchos periódicos liberales, así ministeriales como de la oposición, tributan cumplidos elogios al Sr. Estrada, y también al señor conde de Orgaz.

Reciban estos dos señores nuestros plácemes, recíbalos el partido carlista, que tales adalides tiene en el Parlamento, y recíbalos en fin el país, que puede ver en esas personas de reconocido talento y abundante y sana instrucción una prenda segura de días más venturosos para nuestra desgraciada patria.

El Sr. Moreno Nieto fué el encargado de consumir el segundo turno en contra del voto particular del Sr. Nocedal. Aquel orador, que más merece el nombre de hablador incansable, se mostró irritadísimo porque la mesa, la comisión y el Gobierno habían tolerado la lectura del voto particular. Fué lo único que sacamos en limpio de la perorata desoída y contradictoria en todos sus puntos del señor Moreno Nieto.

¿Qué dirá Europa, exclamaba todo convulso y escandalizado el nuevo amadeísta, qué dirá Europa cuando sepa que estamos aquí discutiendo un voto en que se escarnece y se desacata al supremo magistrado de la nación, diciéndole que se vaya? Pues dirá que siquiera en este punto no deja de cumplirse la *sábida* Constitución del Estado, ya que en otros parece considerarse como una ley derogada. Pues dirá, volviendo del revés la intención con que el Sr. Moreno Nieto pronunció esta frase, *resignarse ó rebelarse*, que no hay más remedio que resignarse con la Constitución que se ha hecho ó rebelarse contra ella.

Si, Sr. Moreno Nieto; esto dirá Europa y esto decimos nosotros en contestación a sus nerviosos apóstrofes contra la minoría carlista. ¿Le parece a S. S. que es molesto, que es irritante ver a esa minoría dirigir constantemente sus acerbados tiros hacia el punto más alto de la revolución? Pues, señor Moreno Nieto, *resignarse ó rebelarse*. Resignarse ante las consecuencias fatales de esa ley fundamental absurda que vosotros habéis hecho, ó rebelarse contra ella. Los carlistas, al seguir esa conducta que tanto molesta al Gobierno, están dentro del derecho y dentro de la legalidad. Si el Gobierno quiere privarles del uso de ese derecho legítimo y legal, saque los empujados cañones de 1836 y bombarde a las Cortes, que como dice un antiguo cantar,

No será la primer dama

Que dió la muerte a su dueño.

Pero si conviene en que los cañones pueden producir mal efecto en España y en Europa, resignese a sufrir todas las consecuencias de la Constitución del Estado, resignese a oír un día y otro día, una hora y otra hora todo cuanto a los carlistas dicte su conciencia que deben decir, plazca ó nó a los hombres que han perturbado la sociedad española, y que después de mil pronunciamientos trata de declarar indiscutible su propia obra.

El Sr. Moreno Nieto, al entrar de lleno en la cuestión del derecho antiguo y del derecho moderno, se rodeó de tales nebulosidades, que no salía un concepto de sus labios, sino que inmediatamente después no vino el correctivo. ¡Qué absurdos y qué contradicciones! Mejor dicho: ¡con qué rapidez venía la contradicción tras del absurdo!

Negó que la soberanía nacional fuese el resultado de la suma de voluntades, y en seguida nos dió que la soberanía era immanente en la sociedad, bien que para cohonestar la contradicción, añadió que la sociedad era algo más que un conjunto de individuos, era una especie de ser superior al individuo, y con distinta conciencia.

El Sr. Moreno Nieto tuvo que asomarse la oreja panteística para explicarnos la diferencia entre la sociedad y el individuo. Pero ni con esa ni con todas las orejas filosófico-racionalistas del mundo se puede probar que la soberanía, siendo propia de la sociedad, no lo es también de la suma de individuos ó de voluntades que la componen.

Defendió después la libertad religiosa, diciendo que las ciencias y las artes se ahogaban en la estrechez de las vías católicas; pero en seguida añadió que amaba la unidad católica, aunque conquistada por medio de la convicción, por medio de la libertad, no de la fuerza. Y a fin de estremecer a los incautos que temen se les imponga la fé cristiana a tiros, como los antiguos protestantes, dió que el partido carlista no podría resucitar *aquellas grandes monarquías de otros tiempos que rigieron con blando cetro la Europa*, sino monarquías tiránicas como la del estúpido Carlos II y del estúpido Fernando VII. Sobre cuatro ó cinco veces repitió el calificativo de estúpido, de tal modo, que los progresistas llegaron a fruncir el entrecejo.

En breves palabras le contestó el Sr. Estrada, pulverizando los argumentos más poderosos del orador semi-católico, semi-racionalista, semi-teísta, semi-todo y semi-nada. El Sr. Moreno Nieto replicó en tono destemplado y altivo, como si las reflexiones del Sr. Estrada hubieran herido el profundo amor propio del flamante defensor de D. Amadeo.

Esperamos que hoy nuestro querido amigo el Sr. Nocedal dará otro disgusto al Sr. Moreno Nieto, cuyo sistema nervioso va a sufrir graves perturbaciones en esta legislatura.

PEREGRINACION

POR EL PAPA

AL SANTÍSIMO CRISTO DE BALAGUER.

Oportunamente anunciamos a nuestros lectores la peregrinación que el sábio y celosísimo señor Obispo de Urgel había dispuesto en su diócesis, para implorar de Dios la libertad del Pontífice perseguido. La peregrinación partió de Lérida el día de Pascua: ántes de este día, como preparación, había habido dos solemnes triduos, que terminaron el domingo con una comunión general, en que tomaron parte seis mil personas.

Lo que sucedió después, digalo *La Voz de Lérida Católica*, de cuyo interesante relato tomamos lo siguiente, que será leído con gran satisfacción por todos los católicos:

«El domingo a las tres de la tarde, que era la hora destinada para salir de la santa iglesia catedral, se organizó la procesión, a la que acudieron sobre cuatro mil peregrinos que, recorriendo la calle Mayor y plaza de la Pabrería, se dirigieron a la iglesia de Nuestra Señora de Gracia.

Todos los peregrinos rezaron con la mayor devoción el Santísimo Rosario. El orden más completo y el recogimiento más profundo se observó en todos los concurrentes durante las dos horas que tardó dicha procesión en llegar al santuario.

Allí predicó breves momentos el ilustre señor Canónigo lectoral.

Los peregrinos que no podían continuar hasta Balaguer por su estado de salud, por su edad ó por sus ocupaciones, continuaron orando ante la imagen de María por espacio de más de media hora.

Los restantes continuaron su viaje, rebotando su corazón de santa alegría.

Al llegar cerca de Villanueva de la Barca se formó de nuevo la procesión, y empezó otra vez el Santísimo Rosario, que cantó una brillante orquesta y un nutrido coro; continuando después las letanías de la Virgen, hasta Termens, pueblo que se había fijado para pararse los peregrinos.

El hallarse ya allí alojada la partida que salió con el Excmo. señor brigadier gobernador de esta plaza, inmediatamente después de salir la procesión, fué la causa de que no pudiese cumplirse este acuerdo, y después de un pequeño descanso, los peregrinos continuaron su marcha directamente hasta Balaguer, donde llegaron a las doce y media ó una de la noche.

A pesar de que durante las tres horas y media que trascurrieron desde la salida de Termens hasta la llegada a Balaguer llovió sin interrupción, los peregrinos no cejaron y sobrevaloraron este contratiempo sin la mas mínima queja.

Señoras delicadas de edad avanzada, pues, las había hasta de sesenta años; jóvenes tiernas; Sacerdotes con poca salud y ancianos sexagenarios; niños de diez y doce años, hicieron aquel viaje de noche, lloviendo y como es consiguiente con mucho barro y humedad en el piso, sin quejarse, antes al contrario, bendiciendo al Señor que les proporcionaba aquel nuevo sufrimiento, que le ofrecían para la libertad del Pontífice Romano y del triunfo de la Iglesia.

Al llegar los peregrinos a Balaguer fueron recibidos y hospedados por sus dignos hermanos, de los cuales no hacemos especial mención, por no herir su delicadeza: pero sí debemos dejar consignado que todos los que tuvieron ocasión ejercieron con los peregrinos actos de verdadera y santa caridad; prestándoles ropas con que mudarse, lumbre y cama donde recostarse, y hasta hubo quien se levantó de la suya para cederla a los católicos leridanos.

Loor a nuestros hermanos Balaguerenses: gracias por su recibimiento, mil gracias; *Dios les pague y aumente su santo amor al prójimo.*

Mayor a la plaza del Mercado, donde había dispuesto un elegante templo, en el cual más tarde celebró el Excmo. é Ilmo. señor Obispo de la Seo de Urgel.

En esta procesión vimos también ondular el pendón de las *Hijas de María*.

Mientras fueron llegando sucesivamente las procesiones de otros varios pueblos, la música y coro de Lérida en unión de los profesores de Balaguer, cantaron un himno a Pio IX, compuesto expresamente por el acreditado profesor D. Magin Pontí, y el entusiasmo de la multitud que rodeaba el templo crecía por momentos a los gritos de *VIVA PIO IX, VIVA EL PAPA REY!*

Pero aumentó de todo punto al colocar en el púlpito que se había dispuesto en primer término a la derecha del altar, el retrato de nuestro bondadoso Pontífice.

La muchedumbre prorumpió en fuertes y atonantes vivas; pañuelos y gorras se levantaban en alto y los ojos de todos los fieles se arrasaban en tiernas y copiosas lágrimas.

A las diez, por fin, subió al templo el excelentísimo Prelado oficiante, a los siempre gratos y magisterios acordes de la marcha real y entre las aclamaciones de los fieles...

Concluida la misa y dada la bendición al pueblo, S. E. vistió la capa pluvial y dirigió su voz a los peregrinos, que con una compostura y religiosidad sin igual habían asistido al santo sacrificio.

De seis a ocho mil fieles de catorce pueblos se habían reunido a pesar del mal tiempo y demás obstáculos consiguientes a estas reuniones, y un silencio sepulcral reinaba en aquel espacio recinto...

Oportunísimo fué el discurso del Excmo. Obispo de Urgel, que le desarrolló con la elocuencia y unícion que le reconocen hasta sus mismos adversarios.

Su precioso metal de voz, que conserva a pesar de su edad avanzada, hizo que S. E. fuese oído aun por los peregrinos más distantes del púlpito.

En seguida todos los peregrinos se dirigieron por segunda vez en procesión general al magnífico templo del Santísimo Cristo, donde se entonaron las letanías de los Santos, invocando su intercesión para con S. D. M. a fin de que se apiadara de los católicos y les alcanzara la libertad del Pontífice y el triunfo de la Iglesia.

Más de dos horas duró la procesión que presidió S. E. de medio pontifical y en la que cada uno de los pueblos y las cofradías de Balaguer lucieron sus preciosos y vistosos pendones, y a eso de las dos, su excelencia, previas las oraciones del ritual, dispuso a los peregrinos dándole la bendición papal, que recibían de rodillas y con la humildad propia de los verdaderos creyentes.

Los periódicos ministeriales *La Constitución*, *El Imparcial* y otros que han dado el grito de alerta por la peregrinación de esta provincia deben haberse ya convencido de que el espíritu de estas romerías es puramente católico; y que los católicos y mucho menos ciertas personas constituidas en dignidad no conspiran.

Há ya cerca de un mes que el señor ministro de Gracia y Justicia presentó al Senado, entre otros proyectos, el del llamado matrimonio civil, que está rigiendo como ley contra el torrente de la conciencia pública y la fuerza de la costumbre.

La comisión del Senado, después de haber oído a los venerables Obispos de aquella Cámara, que a la sazón se hallaban en Madrid, parece que está dispuesta a introducir en el proyecto ciertas reformas, no tantas como fuera de desear y como se reclaman en justicia, pero en sentido de evitar a los católicos españoles algunas de las más repugnantes molestias que la legislación vigente les ocasiona.

Pero la comisión está detenida en su dictamen hasta ponerse de acuerdo con el Gobierno, y este no se presenta a la comisión por falta de tiempo, ó más bien, por temor de provocar una crisis. En efecto, si las reformas adoptadas en principio por la comisión se aceptan por algunos de los ministros, es probable que sean rechazadas por otros. No creemos que en este punto opinen de un mismo modo el Sr. Uleza y el Sr. Martos; ó venzan los conservadores de la revolución, ó venzan los cimbríos.

Entre tanto, la ley impía, la ley contraria al sentimiento católico y repugnante a nuestras costumbres y a nuestra conciencia, continúa en vigor, con gran perturbación en el orden religioso y civil, y según todas las apariencias no podrá discutirse ya en la actual legislatura.

Siendo esto así, ¿no podrían suspenderse los efectos de la legislación vigente para los católicos, para aquellos que contraigan matrimonio como lo manda la Santa Madre Iglesia, hasta la aprobación definitiva de la ley que rige interinamente? ¿No podría el Gobierno declararse neutral en esta cuestión concreta, aplazando la crisis, si ha de haberla, para más tarde?

Con una disposición interina sobre una ley interina, nada se prejuzga, y no se hace otra cosa que adoptarse un temperamento que tan en moda está en el día. Nada se prejuzga, y los católicos, que son la inmensa mayoría de los españoles, tendrían un respiro en asuntos que tan de cerca atañen a la existencia y porvenir de las familias.

Llamamos la atención de los periódicos sensatos, sin distinción de matices políticos, acerca de tan grave cuestión.

Está llamando la atención la unión, el perfecto acuerdo, la admirable disciplina que reinan en la minoría carlista de ambos Cuerpos colegisladores. Lo que en uno se hace ó se dice, se repite en el otro; como vota un diputado ó senador, votan los demás, y aun el que por modestia declara que habla por cuenta propia, está seguro de interpretar la opinión de todos.

Semejante conducta en una fracción tan numerosa como es la católico-monárquica en las actuales Cortes, contrasta admirablemente con la diversidad de miras y tendencias que se advierten, no ya en alguna otra minoría, en la republicana, por ejemplo, sino en el seno de la misma mayoría.

Pero es más: esta unión de los carlistas es prenda segura y anticipada muestra de lo que ha de ser su Gobierno el día que llegue, que llegará por sus pasos contados y llegará pronto.

«Estas gentes, dicen los hombres imparciales, no son como los demás: en ellos está el orden, está la sumisión, está el verdadero principio de Gobierno. Esta gente, al revés de todos los partidos,

predica con el ejemplo. Bien se conoce que no son liberales.»

Otra de las cosas que admiran, es la multitud de grandes oradores que van brotando del seno del partido carlista.

A fuerza de llamarlos sacristanes, apagaúces, *el cetera*, cierto vulgo se había figurado que entre los carlistas no podía haber personas de instrucción y de talento, y vé con grata sorpresa que la mayoría de los carlistas se compone en el Congreso de jóvenes elegantes, discretos, de grande entendimiento, y que cada día surge de entre ellos un orador que absorbe la atención de la Cámara. Los grandes de España carlistas resultan grandes también por su talento; personas tan modestas como el Sr. Estrada, se revelan un día como príncipes del Parlamento.

Todo esto prueba que el partido carlista no solo tiene muchedumbres, sino eminencias, y sobre jefes y masas, principios y hábitos de Gobierno.

En resumen: que está de Dios en que ha de ser.

Y será.

Y será, porque al mismo tiempo que no lo vamos haciendo mal, nuestros adversarios están trabajando en favor nuestro, mucho mejor que nosotros.

Cuando Dios quiere castigar a los pueblos, los manda un Gobierno moderado; pero cuando solo quiere corregirlos y prepararlos para el triunfo del orden, entonces les envía una situación progresista.

Dominada la insurrección de París, vuelve a cuestionarse en Francia sobre cuál de las ciudades ha de ser capital en lo sucesivo. Aumenta cada día la opinión contraria a París, y periódicos hay que dicen que los incendios causados en aquella ciudad por la *Commune* le quitan hasta las condiciones materiales de capital. Sin embargo, el argumento principal contra París no es ese. La revolución comunista ha sido vencida, pero no ahogada: de los mismos insurgentes que han peleado quedando illesos, libres 70,000; pues entre los muertos, heridos y prisioneros, apenas suben a este número, y sabido es que las fuerzas de la *Commune* se aproximaban a 200,000 hombres. Esos 70,000 demagogos, los muchísimos que hay en las grandes poblaciones, y la manera con que ha combatido la insurrección, deben hacer pensar a los franceses que el peligro de la revolución social no ha sido alejado, y que es necesario prevenirse contra él por todos los medios posibles.

Natural es, por lo tanto, que muchos franceses tiemblen ante la idea de que París vuelva a ser capital, y según indicaciones que hace el telégrafo, ha sido presentada una proposición en la Asamblea de Versalles para que no lo sea. El Sr. Thiers no ha soldado prenda ni ha manifestado siquiera su opinión, limitándose a decir que el Gobierno no prejuzga esta cuestión; añadió, sin embargo, que continuarán en Versalles el Gobierno y los ministerios, excepto los de Hacienda y Guerra.

No es de creer que los diputados enemigos de que París sea capital se contenten con estas declaraciones, y acaso antes de mucho tiempo abordarán resueltamente la cuestión. Por ahora París queda dividido en cuatro comandancias militares, al frente de las cuales están los generales Vinoy, L'Admirault, Cisse y Douay: el mariscal MacMahon continúa siendo el jefe del ejército.

Parece que triunfa el elemento militar en Versalles, como suele suceder siempre después de las revoluciones: algunos creen que el mismo señor Thiers tendrá que abandonar el poder, extendiéndose a él la crisis ya iniciada.

Dentro de pocos días, es probable que se vislumbre lo que ha de ser de Francia y empecemos a ver la solución del actual estado de cosas. Hoy nada puede asegurarse; pero mucho adelantado tiene la causa de la monarquía cristiana, con el reconocimiento que del derecho del conde de Chambord han hecho los príncipes de Orleans.

La carta del duque d'Aumale al conde Hanssonville a que se refería el parte telegráfico que ayer insertamos de *Le Echo de l'Ardeche*, ha sido publicada ya en los periódicos de Burdeos, y es un reconocimiento explícito de los derechos y jefatura del conde de Chambord.

Tanto el duque d'Aumale como el príncipe de Joinville, serán admitidos como diputados en la Asamblea, pero dudamos mucho que lleguen a tomar asiento, si es sincera su adhesión a la causa de la legitimidad. Las ideas del conde de Chambord sobre este punto, son explícitas y terminantes: los individuos de la *casa de Francia*, esto es, de la familia real, son representantes natos de la nación francesa con una representación superior a la de diputados y por consiguiente no pueden ser diputados sin abdicar su más alta representación. Esto no obsta para la validación de sus actas y su admisión en la Asamblea, lo cual será una prueba de deferencia para sus electores.

El principal obstáculo que hay que vencer para la proclamación de Enrique V, consiste en M. Thiers demasiado viejo para proceder con energía y romper con sus añejas aficiones revolucionarias; pero este obstáculo desaparecerá porque la república es altamente impopular y la elección entre el cesarismo infantil y la monarquía tradicional representada hoy por el primer caballero de Francia, no parece dudosa.

Hé aquí lo que escribe *Le Monde* acerca de la carta de que hablamos:

«En un círculo de Versalles y entre los diputados, dice *Le Monde*, circula una carta del duque de Aumale, que ofrece grande interés en cuanto confirma el hecho de la fusión.

Esta carta, esperada desde hace algún tiempo, y cuya publicación se había demorado hasta la entrada de las tropas en París, no está destinada a la publicidad. Créese por otra parte que los príncipes de

Orleans no tardarán en anunciar abiertamente su adhesión a la carta y a los principios del conde de Chambord.

Sobre las precedentes líneas del periódico francés escriben de Lyon al *Diario de Barcelona*:

«Las noticias de *Le Monde* son exactas. La carta del duque de Aumale es una adhesión, tanto en su nombre como en el del príncipe de Joinville, a la carta del conde de Chambord: los primeros están dispuestos a reconocer al jefe de la familia de Borbon, en cuanto lo desee.

Todos los que han leído la carta del duque de Aumale, reconocen la lealtad y el patriotismo de los sentimientos manifestados.»

El Imparcial copia las noticias sobre el reconocimiento del conde de Chambord por los hijos y nietos de Luis Felipe, de que hablamos en otra parte, ataca duramente a la familia Orleans, y escribe por último las palabras siguientes, que no tienen precio:

«Bien ha de ser permitido que dudemos de la efectividad de esa sujeción hasta que veamos que giro toman los asuntos de Francia. De tal palo tal astilla, dice el refrán. Los palos y aun una de las astillas, ya hemos visto de qué madera son y han sido.»

Palos y astillas tenemos en España: díganlo si no Serrano, Topete, Izquierdo, Córdova, Ros de Olano, etc., etc.

El Imparcial hará bien en recordárselo a don Amadeo, porque a nadie más que a este señor importa no olvidarlo.

El Imparcial dijo el 23 de Mayo que en un pueblo francés de la frontera, «noticioso el Sr. Mantecola del arresto de sus correligionarios reclutó y se puso a la cabeza de un batallón de mujeres y chiquillos, que a voz en grito pedían a la puerta de la cárcel la libertad de los detenidos.»

Hemos desmentido la calumnia, dígalo bien *El Imparcial*, la calumnia del diario cimbrio, y el diario cimbrio, en vez de confesar su falta, se atreve a decir que de nuestro relato resulta confirmado cuanto acerca del particular dijo.

Verdad es que en el mismo suelto *El Imparcial* hace pasar por Hendaya a los carlistas de San Juan de Luz conducidos a Bayona por sus autoridades francesas.

El Imparcial destroza con la misma facilidad la geografía que la honra.

Anoche terminaron las tareas ordinarias de la *Juventud Católica* en el presente curso, con un brillante y aplaudido resumen que de la última discusión hizo el joven presidente señor marqués de Monesterio.

El señor marqués de Monesterio anunció su próxima salida para Roma, a donde va con otros jóvenes fervorosos en representación de la *Juventud Católica*, para asistir a las solemnidades del Jubileo Pontificio y depositar a los pies de nuestro inmortel Pontífice las ofrendas y protestas de la fiel España. Este anuncio fué recibido con estruendos aplausos y aclamaciones.

La *Juventud Católica* de Madrid se dedicará ahora a preparar los festejos con que ha de solemnizarse el 25.º aniversario de la exaltación de Pío IX.

Ya nos temíamos nosotros que la reforma recientemente introducida en el cuerpo de orden público y guardias del ayuntamiento no había de dar resultados satisfactorios; pero nunca creíamos que los hechos por un lado y por otro los periódicos ministeriales viniesen tan pronto a confirmar nuestros temores. Por egoísmo era de esperar que la situación procurase que la seguridad personal estuviese completamente garantida por algún tiempo al menos después de la reforma, mas por desgracia ha sucedido todo lo contrario.

El Imparcial refiere hoy una porción de escándalos cometidos a ciencia y paciencia de los agentes de orden público, se indigna de que los ciudadanos no hallen defensa en los representantes de la autoridad, y pregunta:

«¿Que clase de persona es ese, que no se apercebe de hechos tan escandalosos, o no interviene en ellos? ¿Es falta de celo? ¿Defecto de capacidad? ¿Exceso de pusilanimidad? Pues entonces el remedio es conocido.

El que no sirva para un cargo que cual ningún otro requiere condiciones especiales, es necesario que sea sustituido.»

Y figúrese que ese agente que no sirve para el caso haya servido para limpiar las botas de algún diputado de la mayoría, a quien no se puede disgustar, ¿cómo se arreglaría *El Imparcial*, siendo autoridad, para sustituirle?

«No parece sino que es cosa nueva en España tener empleados útiles solo para cobrar la nómina a fin de mes! ¿Por ventura no están pidiendo diariamente los amigos de *El Imparcial* que se coloque en los destinos públicos a los liberales, a los revolucionarios, a los que se han batido en las barricadas, como si el liberalismo ó el manejo de un trabuco ó de un fusil fuese título de suficiencia para el desempeño de los cargos públicos?

Tarea tiene el diario cimbrio si forma empeño en que sean sustituidos los empleados que no sirven! Pero ya amainará *El Imparcial* en esos conatos de independencia, porque de lo contrario tendría que renegar no solo de las personas, sino de las instituciones que defiende. Estas son en primer lugar responsables del aumento y escasa valía de los empleados que paga el país.

La sesión que ayer celebró el Senado tuvo muy poca importancia. Por eso y por necesitar el espacio de nuestro periódico para tratar asuntos de mayor interés, hemos omitido el extracto.

Continuando la discusión del reglamento, el Senado aprobó hasta el artículo 84 inclusive. Durante la sesión no ocurrió incidente alguno que merezca mención especial. Pasadas las horas de costumbre se levantó la sesión señalándose para la orden del día de hoy, la continuación de la discusión pendiente.

Los cajistas nos hicieron decir ayer en la *Ultima Hora* que nuestro amigo el señor conde de Orgaz había pronunciado «un brillante y larguísimo discurso», cuando nosotros escribimos «brillante y razonadísimo».

Esta errata da margen a *El Imparcial* para agregar un suelto a los muchos sin gracia, y hasta pudiéramos decir tontos, que dedica de algún tiempo a esta parte a sembrar cizaña en el campo carlista.

Hemos visto una carta de Francia que dice que los monstruos de la *Commune* desollaron vivo al señor Arzobispo de París, y dieron también cruentísima muerte al Sr. Deguerry, párroco de la Magdalena.

Los periódicos franceses, según dice la carta a que nos referimos, no se atreven a publicar estos infernales horrores.

Otra carta de París que publica un periódico, dice, sin embargo, que el señor Arzobispo fué fusilado. Hé aquí el relato que hace:

«La traslación de una prisión a otra se hizo en pleno día. Los prisioneros iban en carruaje abierto, rodeados de una turba ebria que gritaba sin cesar: ¡Matarlos! Conviene advertir que las víctimas, dispuestas a todo, no se amedrentaban por estas amenazas: una vez en la Roquette pasaron allí dos días tranquilamente, permitiéndoles verse un par de horas. Los carceleros, pertenecientes en su mayor parte a la anterior administración, les guardaban cuantas consideraciones podían.

El miércoles por la mañana se formó una lista de seis de entre ellos, absolutamente lo mismo que en el 93.

El Arzobispo era el último. Los seis rehenes fueron conducidos a un extremo de la prisión y fusilados inmediatamente. Las víctimas eran M. Grandeur, M. Bonjean, presidente del tribunal de Casación; el Abate Deguerry, el Abate Allard; los Padres jesuitas Ducoudray y Clair.

El jueves no ha tenido lugar ninguna ejecución: ¿por qué? ¿Capricho de bandidos!

El viernes fueron pasados por las armas de la misma manera otros 16 rehenes, que gritaba: MM. Benzy, Caubert y Olivaint, jesuitas; Petit, secretario general del arzobispado; Gard, seminarista; Seignessy, seminarista; Houllier y Perny, misioneros; Sabatier, Vicario segundo de Nuestra Señora de Loreto; Planchat, limosnero del patronato de Charonne; el Abad Planchat había consagrado su vida a las sociedades obreras, y sin duda esta ha sido la causa de que los comunistas lo hayan asesinado.

En el mismo día fueron fusilados tres desconocidos: M. Jecker, el banquero, el hacendista de los bonos mejicanos; 35 gendarmes y tres guardias nacionales refractarios.

El sábado fueron también pasados por las armas cuatro eclesiásticos cuyos nombres ignoramos. Este fué el último crimen cometido en la Roquette.»

La misma carta dice en otro lugar:

«El domingo a las cuatro de la tarde fueron conducidos al palacio arzobispal, calle de Grenelle-Saint-Germain, el cadáver de Monseñor Darboy, Arzobispo de París, y del abate Deguerry, Cura de la Magdalena, asesinados ambos el miércoles anterior en las prisiones de la Roquette.»

Un periódico ha dicho que no habían sido hallados los cadáveres de estos mártires.

El Sr. Romero Robledo, jefe de la mayoría, consumió el tercer turno en contra del voto particular del Sr. Nocedal.

Amigos y adversarios convinieron en que el aprovechado joven subsecretario de Gobernación estuvo desdichadísimo. Bien que el mismo lo confesaba en el salón de conferencias cuando algunos diputados le daban, sonriendo maliciosamente, la enhorabuena.

El Sr. Romero confesó que era completamente lego en filosofía; sin embargo, por inspiración del espíritu del Sr. Valera, que tenía a lado, se permitió citar a Santo Tomás de Aquino en prueba de que la Iglesia funda la soberanía en la voluntad de los más.

Insultar de este modo al sabio y santo doctor del siglo XIII! Por lo visto, el Sr. Romero tomó a Santo Tomás por elector de oposición, y no tuvo inconveniente en calumniarlo.

El Sr. Romero, como si fuera redactor de *El Imparcial*, sacó a relucir el cuento del alcornoque, y los de la mayoría se rieron. Pero lo más gracioso, prescindiendo de alcornoques, fué que el subsecretario de la Gobernación confesó de plano con franqueza imperturbabilidad que si las oposiciones hubieran traído mayoría a las Cortes, estas no se hubieran abierro, porque a la situación presente solo se la derriba a cañonazos.

Y luego se extraña el Gobierno de que las oposiciones tomen en ciertos momentos una actitud belicosa! Pues si vosotros mismos, burladores de la ley, les estais enseñando el camino que hay que seguir para derribar la situación, ¿qué han de hacer?

Hé aquí el juicio que merecen a *La Igualdad* los oradores carlistas que ayer tomaron parte en la discusión del Congreso:

«Y debemos también mostrar nuestra imparcialidad con los oradores de la minoría carlista. El conde de Orgaz, y muy especialmente el Sr. Estrada, pronunciaron a su vez discursos, llenos de uno de fuertes ataques a la dinastía actual y al régimen político que en vano trata de afianzar la mayoría de estas Cortes; notable el otro por todos conceptos. Es el Sr. Estrada Villaverde un orador de buenas formas y no vulgar erudición, que aparte de las ideas que defiende y sustenta, se hace digno de la mayor atención y del esquisito cuidado de los oyentes para recoger las frases que pronuncia con débil voz y en sentido acento.

El diputado carlista no dudó en aceptar el reto de la mayoría, lanzado a los tradicionalistas por boca del Sr. Moreno Nieto: si, es preciso resignarnos a rebelarnos; pues dentro de esta disyuntiva estamos. El resto del discurso sirvió al orador para enaltecer los sentimientos patrióticos, los sentimientos religiosos, los sentimientos políticos, los propósitos, las aspiraciones del voto particular presentado por el Sr. Nocedal.

Por lo demás, durísimas censuras hizo el orador a la legitimidad monárquica proclamada y sancionada en las pasadas Cortes; y las interrupciones del presidente prueban lo poco que ha conseguido la mayoría moderada, progresista y cimbria con impedir la discusión de la célebre proposición de Castelar. Es inútil el esfuerzo realista de la gente distintiva: las minorías entienden bien su misión respectiva, y desde sus campos discuten y atacan lo que consideran ó juzgan contrario al interés general y al voto público.»

Gracias a la diligencia de *La Política*, podemos saber lo ocurrido en el Consejo de ministros celebrado anteayer, en el cual, según recordarán nuestros lectores, debía tratarse, al decir de *La Epoca*, de algún asunto importante. El relato que de dicho Consejo hace el diario unionista, es curiosísimo, y debemos darlo a conocer a nuestros lectores. Dice así:

«Ya tenemos algunos pormenores, y por cierto curiosísimos, respecto al Consejo de ministros celebrado anteayer con asistencia del presidente de la comisión de mensaje, Consejo en que debía tratarse del párrafo relativo a las cuestiones de Ultramar.

El párrafo en cuestión no era desconocido al señor Ayala, pues, aunque por estar enfermo no asistía aquellos días al Consejo de ministros, según costumbre, este tuvo la galantería de hacer que se le enviara el mensaje para que lo examinase y supiera lo que se decía en el respecto a los negocios de su departamento.

Hizo el Sr. Ayala en el susodicho párrafo correcciones que no alteraban su sentido, y creyendo que las enmiendas no podían menos de ser aceptadas por la comisión, le devolvió la minuta y se quedó tan tranquilo, como quien ha puesto una pica en Flándes.

Juzguese, pues, de su asombro al ver el discurso impreso (el Sr. Ayala no asistió a la sesión en que se leyó) y que el párrafo relativo a los negocios de Ultramar estaba en su primitiva redacción.

Inde irae, su exigencia de que se presentara por la mayoría una enmienda extensiva de las correcciones por él hechas, y su amenaza de retirarse del gabinete si no se accedía a sus deseos y la conciliadora conferencia de anoche.

En ella, el Sr. Ayala expuso sus quejas y el señor Valera demostró lo infundado de ellas. Según este, las correcciones hechas no alteraban la esencia y el sentido de aquel, eran puramente literarias, no estaban hechas con el detenimiento y la meditación debidos, y en todo caso, la comisión no creía deber admitir lecciones gramaticales de nadie, aunque el que pretendía dadas fuese el autor de *El hombre de Estado*, por lo cual, había dispuesto que el mensaje se leyera tal como había sido redactado por aquella y aprobado por el Consejo de ministros.

El de Ultramar, un tanto turbado por la arremetida del presidente de la comisión de mensaje, hecha en la forma más graciosamente diplomática del mundo, pronunció algunas frases para demostrar que tenía razón, y, como le sucede casi siempre, obtuvo el resultado contrario, esto es, que el Sr. Valera sacara la minuta corregida por Ayala y probara que las correcciones hechas por este, más bien que un pensamiento diverso de el del párrafo ultramarino, revelaban una soberbia literaria; inaceptable para la comisión é incomprensible para la mayoría del ministerio.

Ante el fallo de sus compañeros, el Sr. Ayala fue perdiendo gradualmente la inflexibilidad dimisionaria que había llevado a la reunión, no volvió a hablar más de retirarse del gabinete, pidió como un favor singular el que en el curso del debate explicara la comisión el párrafo consabido en un sentido que comprometiera menos la consecuencia de su conducta, y a esta gracia le fué otorgada, no sin que el Sr. Martos torciera el gesto al persuadirse de que, por el pronto, no había probabilidades de que el ministerio de Ultramar quedara vacante para el Sr. Becerra ú otro cimbrio por el estilo.

Y por más que nos cueste trabajo decirlo, a nosotros que reconocíamos la firmeza de carácter como cualidad distintiva del Sr. Ayala y que habíamos fundado en ella todos nuestros pronósticos de crisis, hé aquí en lo que han venido a parar todas las susceptibilidades, todas las quejas y todos los fieros con que el distinguido autor dramático ha surtido estos días la escena de la situación de materiales bastantes para hacer una chistosa comedia de costumbres político-ministeriales.

La *Correspondencia* dice anoche sobre este mismo asunto lo que sigue:

«Se aseguraba hoy que en el Consejo de ministros de anoche, a que se daba importancia, mediaron explicaciones respecto de la cuestión de Ultramar que dejaron satisfecho al Sr. Ayala. Estas explicaciones se harán públicas en la discusión del mensaje, y de este modo se desvanecerán cabildosidades y prevenciones que pudieran alterar la buena inteligencia de los diputados de la mayoría.»

Leemos *La Epoca*:

«La comisión de incompatibilidades del Congreso no ha podido conseguir que el Gobierno le envíe algunos datos que ha reclamado, y sin embargo se exige a dicha comisión que de pronto dictamen. Creemos que no han de faltar votos particulares para que la ley de incompatibilidades se cumpla rigurosamente. Nosotros, por decoro del Congreso, deseáramos que se resolviera cuanto antes quienes son los incapacitados para continuar en el desempeño de la diputación; pues no es justo que nadie intervenga sin derecho en las tareas legislativas.»

Según dice un periódico, el presidente de la audiencia de Valencia ha contestado a un oficio que le pasó el ayuntamiento de la capital, invitándole a concurrir a la procesión del Corpus, que no le es posible aceptar el ofrecimiento, porque el reglamento orgánico del poder judicial prohíbe a sus funcionarios asistir como corporación a ningún acto público.

La diputación provincial de Teruel, en vista del insostenible estado de los pueblos de aquella provincia, que no encuentran por los medios que establece la ley recursos para las atenciones municipales y provinciales, se ha dirigido a la de Valencia, instándole a que una sus esfuerzos a los que está dispuesta a hacer para pedir al Gobierno la modificación de la ley de arbitrios, a fin de salir de tan lastimosa situación.

Los católicos de Huesca se proponen también celebrar con gran ostentación y solemnidad el próximo aniversario del vigésimoquinto año del Pontificado de Pío IX, a cuyo fin son grandes los preparativos que se están haciendo en aquella población.

Las noticias de Filipinas recibidas ayer, alcanzan al 12 de abril. La salud era buena y el orden completo en el archipiélago.

El Cabildo de Segorbe ha elegido Canónigo electoral al doctor D. Bernardo Lázaro, catedrático de teología del seminario conciliar de Tortosa, en virtud de los brillantes ejercicios hechos por el mismo en las oposiciones que terminaron el 24 de Mayo último.

La *Correspondencia* niega que se haya mandado suspender las elecciones de diputados de Puerto-Rico, como dice un periódico.

Parece que de hoy a mañana celebrará una reunión la minoría republicana del Congreso, según dice un periódico, para tratar de aclarar ciertas posiciones.

Leemos en *El Imparcial*:

«Ayer tarde se estacionaron en las paradas que en la Puerta del Sol y barrio de Salamanca tienen señalados los carruajes del tram-via numerosos grupos de curiosos, entre los que figuraban no pocos individuos animados, sin duda alguna, de propósitos menos inofensivos. Cada vez que llegaba a cualquiera de dichos puntos uno de los carruajes de la nueva empresa, era recibido con gritos y silbidos y molestadas las personas que pretendían tomar asiento para recorrer el trayecto que media entre ambas estaciones. Al anochecer comenzaron a ser más pronun-

ciadas y significativas aquellas demostraciones, llegando un momento en que varios sujetos, a pretexto de ocupar un carruaje, promovieron un gran escándalo, en que no faltaron puñaladas y bastonazos, con acompañamiento de gritos y pedradas. Ante un espectáculo tan inexplicable como repugnante, la empresa del tram-via dispuso suspender la circulación de los coches, y a las ocho de la noche gran número de personas aguardaban inútilmente su paso por el tránsito que tiene fijado.

Tal como nos lo han referido lo reproducimos en nuestras columnas, por más que nos cueste trabajo y pesar dar cuenta de sucesos de esta naturaleza. Si los hechos relatados son ciertos, como debemos creer atendiendo a la respetabilidad de la persona que nos los comunica, tenemos el derecho de esperar que las autoridades, poco solícitas a lo que parece en amparar ayer a la empresa del tram-via contra las brutales agresiones de que fué objeto, harán respetar en lo sucesivo sus intereses y sus derechos, impidiendo la repetición de escenas indignas de un pueblo culto que no debe ni puede consentir ver lastimada su justa reputación por unos cuantos individuos indignos de la calificación de racionales.»

Sobre el restablecimiento de la fábrica de tabacos de Cádiz, dice *El Comercio* de aquella ciudad:

«El Sr. Moret consiente en restablecer la fábrica de tabacos de Cádiz, siempre que la capital y la provincia cubran los gastos de instalación que ascienden a la friolera de treinta mil duros.»

CORREO DE HOY.

COMISIONES A ROMA.

La *Voz de la Verdad*, órgano de la *Sociedad romana para los intereses católicos*, dice que esta sociedad ha nombrado una comisión para que se ponga en relación con las asociaciones católicas del extranjero, y añade:

«Como en la ocasión del próximo Jubileo Pontificio de nuestro Santísimo Padre Pío IX, vendrán a Roma muchas comisiones de los diversos países de Europa, a que la comisión ha creído de su deber trabajar especialmente para que las comisiones extranjeras, al llegar a Roma, sean recibidas y acogidas por amigos y hermanos, como lo son todos los miembros de nuestra *Sociedad*, lo cual será en extremo grato y venturoso a los católicos extranjeros.

En conformidad con esto se escribirá a las principales sociedades católicas de Europa, para que hagan saber a las comisiones que vengán los nombres de los individuos de nuestra *Sociedad*, que componen la mencionada comisión, a los cuales se podrán dirigir a su llegada para tener asistencia, noticias y servicios durante su permanencia en Roma. Hallándose en nuestra *Sociedad* varios extranjeros, se ha procurado que formen parte de ella; y así cada comisión extranjera será asistida por compatriotas suyos.

Los principales señores que componen la comisión mencionada, son: presidente, D. Eugenio de Principi Ruspoli; vicepresidente, Mons. Edmondo Stonor; secretario, Comm. Filippo Frezza; Mauro Lenti, Comm. Emilio de Torres, baron di Nagel, reverendo rector del Colegio Belga, Comm. Carlos Desceant, Colonnello Cropt y baron Shonberg.

Hoy no hemos recibido periódicos de Versalles.

Las señoras de Wurtzbourg han organizado una gran lotería en beneficio del Papa. Han recogido infinidad de objetos preciosos y han colocado 200,000 billetes, que darán un beneficio de 20,000 florines.

Se ha fundado en Bohemia una gran asociación político-religiosa con el objeto de comunicar más actividad y energía a las obras católicas.

En Posen, Prusia, son muy numerosas las reuniones para la fiesta del Jubileo Pontificio. El presidente del círculo de San Miguel ha organizado una cuestión para el dinero de San Pedro.

El señor Obispo ha ordenado se celebre un triduo, y el 21 de Mayo presidió una reunión popular muy numerosa en la que el comité propuso su programa. Una comisión especial se ocupa en decorar las plazas públicas. Los habitantes de la ciudad rivalizan por adornar las fachadas de sus casas. El celo incomparable que anima a esta ciudad, hace esperar una demostración brillantísima.

Leemos en *El Oriente* de Sevilla:

«Los señores marqueses de Villa-Real de Parulilla, llenos de amor y caridad hacia el Pontífice Romano, acaban de hacer llegar a manos de los señores del Maestre un magnífico presente, con objeto de unirle a las limosnas infinitas que, para el próximo Jubileo, han depositado como ofrenda los piadosos hijos de la verdadera Iglesia.

Consiste en un cuadro antiquísimo, de origen flamenco, que representa el nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo en el acto de su adoración por los reyes Magos, en el cual todas las figuras son de relieve, y por la combinación de ricos telas y vivísimos colores, formando un conjunto admirable.

El reputado pintor Sr. Cano, que es una de las glorias de su arte, no solo en Sevilla sino en España, ha examinado esta obra y su juicio ha formado el nuestro.

Los donantes han dejado a la voluntad de los encargados en recolectar limosnas la enagenación, en venta o rifa, del citado cuadro o su remisión a Su Santidad. No sabemos cuál será la determinación que se haya adoptado.»

ULTIMA HORA.

CONGRESO.

El Sr. Romero Robledo continúa su interrumpido discurso.

Defiende la legalidad de las elecciones é inculpa al partido carlista diciendo que los Sacerdotes han abusado de sus ropas y de su influencia con las mujeres para perturbar las conciencias y hacer la oposición al Gobierno.

Ha hecho la apología de la nueva institución monárquica, negando que se haya impuesto al pueblo, cuando, por el contrario, ha nacido de la voluntad nacional. En cambio, dice, la dinastía de los Borbones se impuso por la fuerza.

Concluye con la muletilla de la monstruosa coalición entre los enemigos de la propiedad y los amigos de la Religión.

El Sr. Nocedal empieza diciendo que está enfermo, que no piensa ofender a nadie, a persona alguna, y que de antemano retira cualquier palabra que se le escape, que no se le escapa.

Ya a hacer un discurso templado. Advierte que ya sabe lo que le contestarán, y lo que dirán de él los periódicos ministeriales.

Nota que la mayoría, intolerante como todas, se ensaña principalmente en la minoría carlista. ¿Qué clase de razón tenemos, dice, cuando así con tal crueldad se nos ataca?

Hace tres siglos que, según confesión del Sr. Moreno Nieto, está Europa fuera de las vías católicas. Pues hé aquí la causa verdadera de los incendios de París.

Recuerda que en tiempo de Luis Felipe los periódicos ministeriales recomendaban el orden material, y publicaban en el folletín *El Judío Errante* y *Los Misterios de París*.

Dice que la mano de la Providencia se ve clara en

los castigos de Francia; pero como el pueblo de Dios, somos duros de corazón y no queremos creer lo que vemos. ¡Vay de Francia si Enrique V no levanta su trono sobre las ruinas de París!

De Maistre, Donoso y Balmes previeron las catástrofes que hoy presenciemos. Pero un español decía en 1859, como escritor, y otro en 1856, como diputado, que la sociedad marchaba al abismo. Lee algunos párrafos elocuentes sin decir cuyos son.

¿No lo oís? exclama: ¿No lo veis? Pues ni aún así os convenceréis.

Lee luego un trozo terrible del discurso del señor O'Donnell, diciendo lo que hubiera sido la revolución del 22 de Junio si hubiera triunfado.

Dice que no pueden remediar los males, si no realizando las ideas, y hasta las palabras de la carta del duque de Madrid a su hermano D. Alfonso.

Defiende el primer párrafo de su voto particular, y dice que si ha contestado reverente, pero patrióticamente, a lo de no imponer, culpa es del Gobierno que ha puesto esa frase ardiente en los libros del rey elegido por las Cortes Constituyentes.

Demuestra con textos de la Constitución y con palabras del Sr. Olózaga, que las actuales instituciones de España son reformables, y por consiguiente que ha estado en su derecho al escribir con el mayor respeto y cortesía lo que se lee en su voto particular.

Con gran delicadeza, y citando previamente unos versos de un hombre político, a quien no nombra (el Sr. Ortiz y Pinedo), habla de los antecedentes de cierta familia que tiene encarcelado al Padre común de los fieles, y dice que España no puede querer relación alguna con tal familia.

Advierte que para no incurrir en descortesía alguna, empleará la palabra *sistema* para indicar lo que ya comprenderán nuestros lectores. Con el reinado del actual sistema, dice, es imposible el Gobierno. Para demostrarlo hace algunas intencionalidades consideraciones acerca de los elementos heterogéneos de que se componen la mayoría y el Gobierno. De sus consideraciones concluye que es indispensable el esfuerzo de abnegación que pide en su voto particular.

Explica después con gran claridad la teoría del origen del poder y las doctrinas de Santo Tomás, Suarez y Beltrmino, recordando que con estas doctrinas ha combatido Balmes a los partidarios del derecho nuevo.

Se suspende la sesión algunos minutos. Resuena su discurso ocupándose de unas palabras del Sr. Martos, antes de entrar en la cuestión de las elecciones. Lee aquellas palabras en que el Sr. Martos confiesa que la lucha electoral iba a ser entre diásticos y anti-diásticos: luego en las urnas y en el Congreso tiene que verificarse esta lucha, pese a la mayoría.

Impugna la teoría de la soberanía como resultado de la suma de voluntades, invocando el *Syllabus*. Luego demuestra que, aun aceptado la voluntad de los individuos como criterio de derecho, el resultado de las últimas elecciones no favorece en manera alguna al consabido sistema.

Contestando a ciertos argumentos hechos por algunos individuos de la mayoría que achacaron a la influencia de las mujeres y del Clero el triunfo de los diputados carlistas, sostiene la legitimidad de la influencia de la mujer, elogia a la mujer española que es profundamente católica, y concluye diciendo que si dejase de serlo se convertiría en furia de París.

Defiende también la influencia del Clero y tributa elocuentísimos elogios al Clero español por su saber, por su virtud y por su entereza. ¿Cuántos generales, cuántos ex-ministros, cuántos duques, cuántos condes, cuántos señores, han dejado de jurar la Constitución arrojando el hambre?

Si guiendo en sus consideraciones acerca de las últimas elecciones, habla del estado de sitio de las provincias Vascongadas y Navarra. Recuerda el dictamen emitido por los fiscales togado y militar y por ocho abogados, y hasta por el Tribunal Supremo de Justicia, acerca de la ilegalidad de dicho estado de sitio. Cita como ejemplo de las arbitrariedades cometidas en las Vascongadas, el fusilamiento, sin formación de causa, del maestro de Mendata.

Ofrece hablar en otra ocasión más despacio de ese asunto.

Rendido por el cansancio se dispone a concluir su discurso contestando a la pregunta que se dirige a los carlistas: ¿que traeríais vosotros?

Traeríamos, dice, la justicia del rey contra la tiranía de los partidos. Traeríamos un rey cuyo poder estuviese limitado por un consejo y por unas Cortes, en las que no residiría la política, nacidas de una elección verdaderamente aconsejada lealmente al rey y formadas de representantes de todas las clases del estado que no vinieran a formar manadas de mayorías y minorías. Traeríamos, en fin, todo lo necesario para restaurar la justicia y el derecho en toda su latitud, y sacar a esta sociedad de las vías del protestantismo en que se reconoció ayer el Sr. Moreno Nieto que estaba encauzada la civilización moderna.

Rectifica lastimosamente el Sr. Romero Robledo.

TELEGRAMAS.

(DE LA TABLILLA DEL CONGRESO).

VERSALLES, 1.º (a las dos de la tarde, recibido en Madrid el 2 a las ocho y treinta y cuatro minutos).—El encargado de Negocios de España al ministro de Estado:

«Se prosigue con actividad el interrogatorio de los prisioneros de Vitry, entre los cuales no tengo noticias de que se hallen más que cuatro españoles.

Continúa el estado de sitio en París, y por disposición del mariscal Mac-Mahon ha sido dividida la ciudad en cuatro distritos militares.

Los cuerpos embalsamados del Arzobispo de París y de otros Sacerdotes, se hallan expuestos al público en el arzobispado y en la iglesia de la Magdalena.»

RECIBIDOS A LAS SIETE DE LA TARDE.

VERSALLES, 1.º (a las once de la noche).—Asegúrase que el Sr. Lombrecht será nombrado ministro del Interior, y el Sr. Lefranc ministro de Obras públicas.

Anunciase que las comunicaciones con París estarán completamente libres desde el sábado.

